

nos sus cambios, para poderse poco á poco verificar el tránsito al hombre. Porque ¿quién, supuesta la evolucion lenta y continua, va á creer bastara una sola especie, la del imaginario pitecantropo häckeliano, ó de cualquier otro animal, á llenar el larguísimo espacio extendido entre el hombre y los monos hasta ahora conocidos? No puede, pues, entenderse ni explicarse cómo, si el hombre provino del mono por evolucion lenta, no existe vestigio alguno de su progenitor, ó por lo ménos de sus abuelos más próximos.

Tal vez nos arguya alguien con los transformistas, diciéndonos que todavía no se han desenterrado ni descubierto los restos de cuantas especies de animales han existido, y que nuestro argumento nada prueba mientras brille alguna esperanza de que, andando el tiempo, lleguen á descubrirse los huesos del mono *feliz, afortunado, dichoso* padre del primer hombre. Porque ¡claro! ¿quién ha demostrado, ni puede atreverse á asegurar, que nada nuevo se ha de encontrar en la tierra ó en lo profundo de los mares, y no ha de darse con un mono más perfecto que el gorila y el chimpancé, un mono más próximo al hombre, ó un hombre más imperfecto que el negro, y por consiguiente más cercano y casi vecino de nuestros monos modernos, verdadero eslabon que enlace el reino animal con el hombre?

Vamos á contestar á tan *excelentes* argumentos. Nuestra prueba, en verdad, como negativa, no tiene mucha fuerza para confirmar directamente la proposicion asentada, pero vale muchísimo contra los transformistas; pues los presenta en su propio estado, es decir, desprovistos completamente de razon y aun de experiencia. Dejen, pues, esos señores de cacarear tanto el origen beluino del hombre, por lo ménos hasta poder apoyar sus delirios en algun argumento sacado de la fisiología, anatomía ó paleontología; pues no está bien, ni es decoroso á un filósofo ni á un naturalista sentar, sin fundamento alguno en la razon ó en la experiencia, hipótesis contrarias al sentido comun, á la razon

y á la experiencia. Ni conviene inventar dislates para fundar nuevos sistemas, y sostenerlos con la esperanza de futuros descubrimientos. Por lo demás, las entrañas de la tierra están ya suficientemente exploradas para que, aun á los mismos defensores del origen beluino del hombre, testigos nada sospechosos en este punto, les quede ni la más remota esperanza de éxito más feliz en lo sucesivo (1). Y más siendo harto difícil hayan podido escaparse á tantas exploraciones los monos (si los hubo jamás), progenitores del hombre. Porque indudablemente muchos debieron ser los monos antepasados del hombre, puesto que constituian una especie entera. Y á ser esto verdad, ¿cómo ninguno de ellos se ha dejado ver hasta ahora? Mas sea de esto lo que se quiera, lo único cierto es que nosotros podemos presentar contra los transformistas argumentos muy fuertes apoyados en la paleontología, y que ellos ninguno tienen para atribuir al hombre procedencia beluina.

*Pruébese la segunda parte de la menor. b) No puede decirse haya el hombre provenido del mono ú otro animal por evolucion interrumpida y como por salto.* Para poderse verificar esta tal generacion, ó se admite un influjo especial de Dios, que eleva las causas naturales á producir un efecto mucho más noble y excelente, cual es engendrar la naturaleza humana, y las fecunda para ello, ó no. Si lo primero, confesamos de buen grado que puede el hombre nacer de una bestia, si Dios milagrosamente suple la virtud y efica-

(1) «Avons-nous des preuves qu'il ait eu jadis des singes plus ressemblants à l'homme que le gorille, ou des hommes qui ressemblaient davantage aux singes que le nègre? Huxley a traité cette question avec une étendue qui épuise la question, et ce savant—dont, certes, le témoignage n'est pas suspect—conclut son travail en avouant qu'il faut répondre négativement à la question, et se contenter de cette triste consolation que peut-être les couches non encore explorées renferment les ossements fossiles d'un singe dont la ressemblance avec l'homme était plus prononcée, ou d'un homme ayant plus d'analogie avec le singe que tous ceux que nous connaissons aujourd'hui; c'est peut-être à des paléontologues qui ne sont pas encore nés, qu'il est réservé de les découvrir.» Reusch, ob. cit., páginas 469, 470.

cia de que carece la bestia para engendrar tal naturaleza; pero no es esta, ciertamente, la hipótesis de los transformistas que, al asentar para el hombre la procedencia beluina, hablan de la generacion natural. Si se defiende lo segundo, es completamente imposible á un mono ú otro animal cualquiera abandonado á sus propias fuerzas y sin el concurso de una virtud ó influjo superior de Dios, producir la naturaleza humana ni aun por evolucion interrumpida y por salto. Pues toda evolucion, sea continua ó interrumpida, se halla sujeta al principio de causalidad, y este principio no sólo exige una causa para producirse un efecto cualquiera, sino causa idónea y de virtud ó eficacia suficiente; ahora bien, ni el mono ni otro animal cualquiera es causa de suficiente eficacia para producir al hombre, por ser éste de esencia y naturaleza muy superiores. Luego...

*Ni se nos oponga el parecer* de Wallace, quien conociendo ser insuficiente por completo la seleccion natural darwiniana para dar existencia á la naturaleza humana, recurrió, como ya lo hemos indicado, á una intervencion angélica que dirigiera la dicha seleccion y la elevara hasta producir una obra tan excelente y maravillosa.

Pues responderemos argumentando de un modo parecido al anterior; ó los ángeles, al dirigir la seleccion natural, comunican á la naturaleza beluina alguna virtud ó eficacia mayor para engendrar, ó no, sino que prestan únicamente direccion y apoyo á modo de arte. No puede acontecer lo primero, porque, segun la doctrina comunísima de los teólogos, los ángeles nada pueden obrar en la naturaleza corpórea sino por modo de arte, aplicando sabia y directamente las causas naturales para que produzcan con más facilidad y perfeccion los efectos propios suyos. Si pues ninguna virtud superior pueden imprimirles, por mucho que las dirijan, ni la naturaleza del mono ni de cualquier otro animal podrá nunca ser principio efectivo, adecuado para engendrar la humana naturaleza. Es así que tambien repugna al

principio de causalidad que una naturaleza inferior produzca con sus solas fuerzas un efecto de orden muy superior... Y si, contra el sentir de los teólogos, admitiéramos ser dado á los ángeles comunicar una fuerza superior á las causas naturales, nos encontraríamos fuera de la hipótesis de los transformistas, pues el hombre engendrado por una bestia revestida de una fuerza superior no podria con propiedad decirse de origen beluino. Y nótese que estos argumentos sólo se refieren á la parte visible y material; pues son mucho más fuertes los que pueden deducirse, y se deducen, de la diferencia entre el alma humana y la beluina.

*Prueba 3.<sup>a</sup> de la proposicion.* El hombre se halla informado por una alma espiritual y racional, y por eso goza de inteligencia para entender, reflexionar sobre sí mismo y adquirir ideas universales; posee nociones de la religion y del orden moral, se ve dotado de libertad para obrar con rectitud y meritoriamente, y del don de la palabra, y, en fin, es capaz de adelantar más y más en todo género de ciencias y artes; el mono y todos los otros animales carecen de estas dotes. Pero un sér enriquecido con ánima espiritual y racional, y por tanto inteligente, con libertad, facultad de hablar y otras muchas cualidades, no puede ser engendrado por otro sér absolutamente desprovisto de tan nobles dones; luego metafísicamente repugna que el hombre, atendida la naturaleza de las cosas y no interviniendo algun milagro de Dios, pueda ser descendiente de un mono, aun el más perfecto, ni de otro bruto cualquiera.

La *consecuencia* es legítima. La menor es patente segun el principio de causalidad. Porque hay inmensa diferencia entre el alma inmaterial ó espiritual y racional, y el alma material no-espiritual, como que pertenecen á órdenes enteramente diversos; por lo cual el hombre por razon del alma inmaterial dista mucho más del mono ó de cualquier otro animal, el más perfecto, que éste de la mónera ó del más imperfecto *protozoario*. Por lo tanto, si alguna fuerza

tiene el principio de causalidad, un sér animado por una forma inmaterial ó racional no puede ser fruto de otro sér animado por una forma material ó irracional. Añádese á esto que el alma racional no puede recibir su existencia sino por creacion inmediata, y consiguientemente en la generacion del hombre debe por necesidad intervenir la accion de Dios, único criador del alma, y, por tanto, no puede el hombre ser obra de un mono ni de otro animal.

Tampoco puede objetarse contra lo dicho, que los animales inferiores tienen infundida una virtud y fuerza que los urge continuamente y excita á aspirar á perfeccionarse más y más por la evolucion continua; pues *la tal virtud* y esos conatos de perfeccion son sueños de los transformistas; sueños vanos, sin fundamento, contrarios á la razon y á la experiencia, como se verá patentemente en la refutacion general del transformismo.

*La mayor*, en fin, como se demuestra rigurosamente en otra parte, encierra certísima doctrina. La fe católica enseña y la razon natural demuestra ser el alma humana espiritual y libre. La inteligencia del hombre y su facultad de raciocinar, reflexionar, abstraer conceptos universales, y su capacidad de ciencia y progreso están probadas por el sentido íntimo de cada uno, por la experiencia y por las ciencias y artes. Finalmente, que las nociones de religion y órden moral se hallan tan profundamente grabadas en los ánimos de los hombres, aun los más salvajes y bárbaros, que apenas logran borrarse del todo; lo vemos, nos lo dice la voz interna de la conciencia y nos lo confirma con su testimonio la Historia.

*Pero nos dirán tal vez* los materialistas que el sentimiento de religion y moralidad es en el hombre fruto únicamente de la educacion y cultura social (1).

*Negamos* con toda energía tal aserto. El sentido comun de

(1) Así lo enseña Cárlos Vogt, caudillo de los transformistas, en un párrafo que citaremos luego.

los hombres y la razon atestiguan y prueban que hay acciones moralmente buenas por su misma naturaleza, dignas de alabanza y merecedoras de premio, v. gr., *dar á cada uno lo suyo, honrar á los padres*, etc., y otras, por el contrario, intrínsecamente y por su naturaleza malas, vituperables y dignas de castigo, v. gr., *matar á un inocente, hacer traicion á la patria*, etc., y otras que nadie reputa malas ni buenas por su naturaleza misma, como el *pasear, escribir*. Ciertamente es, y lo confesamos, que los sentimientos de moralidad impresos por la razon hasta en los corazones de los mismos impíos y materialistas, se cultivan y perfeccionan con el órden y la buena educacion; sin embargo son anteriores y preceden á la educacion, ni bastan á borrarlos completamente la educacion mala y perversa ni los errores y prejuicios en contra, sean cuales fueren (1).

(1) Balmes demuestra esto brillantemente: «Imaginaos el ateo más corrompido, el que con mayor impudencia se mofa de lo más santo, que profese el principio de que la moral es una quimera y de que sólo hay que mirar á la utilidad en todo, buscando el placer y huyendo el dolor: ese mónstruo, tal como es, no llega todavía á ser tan perverso como él quisiera; pues no consigue el despojarse de las ideas morales. Hágase la prueba: dígasele que un amigo á quien ha dispensado muchos favores, acaba de hacerle traicion. ¡Qué ingratitud! exclamará, ¡qué iniquidad! Y no advierte que la ingratitud y la iniquidad son cosas de órden puramente moral, que él se empeñará en negar. Figurémonos que el amigo traidor se presenta y dice al ofendido: Es cierto, yo he hecho lo que V. llama una traicion: V. me dispensaba favores; pero como de la traicion me resultaba una utilidad mayor que de los beneficios de V., he creído que era una puerilidad el reparar en la justicia y en el agradecimiento. ¿Podrá el filósofo dejar de irritarse á la vista de tamaña impudencia? ¿No es probable que le llamará infame, malvado, mónstruo y otros epítetos que le sugiera la ira? Y no obstante, este es el mismo filósofo que sostenia no haber órden moral y que ahora le proclama con una contradiccion tan elocuente. Quitad el interés propio, hacedle simple espectador de acciones morales ó inmorales, y la contradiccion será la misma. Se le refiere que un amigo expuso su vida para salvar la de otro amigo; ¡qué accion más bella! dirá el filósofo. Por algunas talegas de pesos fuertes un militar entregó una fortaleza, lo que causó la ruina de su patria; ¡qué villanía, qué bajeza, qué infamia! dirá tambien el filósofo! ¿Esto qué prueba? Prueba que las ideas morales están profundamente arraigadas en el espíritu, que son inseparables de él, que son hechos primitivos, condiciones impuestas á nuestra naturaleza, contra las que nada pueden las cavilaciones de la Filosofía.» Balmes, *Filosofía elemental*.—*Ética*, cap. 1, núm. 2.

Pero estos puntos pertenecen más bien á la Filosofía moral, y ahora no los debemos tanto probar como indicarlos meramente como argumentos ciertos é irrecusables. Sólo haremos notar que no puede eludir la fuerza de nuestras razones quien diga deberse estas nociones de moralidad y religion, impresas en el alma del hombre, á cierta educacion primera, transmitida por tradicion á las generaciones sucesivas. En primer lugar, si bien de hecho deba admitirse alguna primitiva tradicion transmitida por nuestro primer padre Adan á sus hijos, tambien es cierto, contra los materialistas, que puede el hombre, con la luz natural y sin prévia tradicion, descubrir y hallar algunas verdades pertenecientes al órden moral. Además, aunque se concediese que el hombre no hubiera podido por sí mismo y sin ayuda ó instruccion y tradicion de otros llegar á adquirir la noción del bien y mal moral; es cierto que, de hecho, esas nociones le fueron impresas en el alma tan hondamente, que no pueden borrarlas del todo las ideas y nociones contrarias; lo cual por sí solo basta para distinguir al hombre de todos los otros animales, y, por consiguiente, queda probada la primera parte de la mayor de nuestro argumento.

*Y no es ménos cierta la segunda parte.* Ningun mono, ni otro animal está informado por una alma racional é inmateral, ni goza de inteligencia (digan cuanto quieran en contrario muchos modernos, aunque muy doctos en ciencias naturales), como lo probaremos al tratar de la naturaleza del alma beluina. Y siendo esto cierto, tambien lo es y lo atestigua la experiencia que el alma de los animales carece de libertad, y sólo el instinto guía en ellos las acciones en que parece brillar algun rastro de órden é inteligencia; que son incapaces de progreso, de aprender arte ó ciencia alguna, de hablar, y carecen absolutamente aun de la menor idea de religion y moralidad. Como es que los animales más familiares al hombre, y aun los que, como el mono, se le parecen tanto en el organismo, y son por su naturaleza in-

clinados á imitar las acciones humanas, ni han aprendido á hablar para comunicar á otros sus sentimientos, ni jamás han manifestado el menor indicio de virtud y honestidad? ¿Cómo, si con gran trabajo ha logrado el hombre enseñarles algo en el ejercicio de las artes, no han podido ellos enseñarlo á sus hijos y compañeros? ¡En este punto cuán enorme diferencia existe entre el hombre, aun el más rudo, el más bárbaro, y el mono y todos los demás brutos! ¿Cómo, por tanto, no ha de reirse uno, ó más bien moverse á compasion cuando oye á Cárlos Vogt perorar sobre la moralidad de los gatos y de los osos, sobre la educacion é instruccion dada por sus padres á estos animales, sobre los castigos que los imponen si alguna vez no obedecen ó se portan mal, mientras por otra parte establece y afirma que las ideas y sentimientos de religion y moralidad se deben en el hombre única y exclusivamente á la exigencia de las costumbres sociales ó de la educacion? (1). A tamañas aberraciones llevaron las doctrinas materialistas á este escritor de entendimiento nada vulgar ni servil; tan densas

(1) «Quant à la morale, ou la notion du bien et du mal, dit C. Vogt, répondant à l'objection, on ne peut pas affirmer qu'elle soit absolue chez l'homme. Cette notion se règle sur l'état actuel de la société... La notion du bien et du mal est la résultante des besoins de la société... Le premier degré de sociétés est la famille; chez l'enfant, la notion du bien et du mal se résume dans l'obéissance envers ses parents, dans l'accomplissement des devoirs qui lui sont imposés, et dans les leçons les punitions ou les caresses qui lui reviennent. Qu'on observe une famille de chat ou d'ours, la manière d'être des petits, leur éducation par les parents, n'a-t-on pas là l'image de la famille humaine, avec toutes les manifestations de la notion du bien et du mal qu'on peut désirer? C'est, il faut l'avouer, de la morale de chat, de la morale d'ours, qui est imposée et enseignée aux jeunes animaux, mais c'est toujours pourtant une morale, et le jeune chat qui n'arrive pas à l'appel de sa mère, l'ourson de deux ans qui ne soigne pas convenablement ses frères cadets son grondés et souffletés tout comme le sont les enfants des hommes, lorsqu'ils meconnaissent la première notion de la morale humaine et chrétienne, l'obéissance!!!» C. Vogt, *Leçons sur l'homme*, trad. Moullinié, 2.<sup>a</sup> édit., págs. 309, 310, apud *Controverse*, ann. 1884, t. 1, pág. 241. En el mismo sentido escribe Darwin, *Descent of man*, t. 1, págs. 35, 66 y sig., 71, 90, 106. Hablaremos de esto al tratar sobre las facultades cognoscitivas del alma de los animales.

tinieblas lo envolvieron, que andaba á oscuras en pleno día, y le ofuscaron la inteligencia hasta hacerle proferir tantos absurdos, contrarios y repugnantes al sentido comun y á la razon.

*Una respuesta* podrá dársenos para eludir la fuerza de nuestro raciocinio, respuesta sacada de la doctrina de Mi-vart. De lo dicho se sigue ciertamente que el hombre no puede tener por padre á un mono en cuanto al alma que lo informa, pues es alma racional; pero no se sigue que no haya podido proceder de él en cuanto al cuerpo, de modo que los padres del mono dispusieran la materia y la prepararan en tal temperamento y disposicion, que exigiera un alma racional, criada por Dios, de un modo semejante á como en la generacion humana se infunde una alma inmaterial á la materia ya dispuesta y preparada.

Tal afirmacion es completamente falsa, pues no puede negarse lo que una induccion constante viene demostrando todos los días, á saber, que todo viviente engendra otro semejante y de la misma especie, exceptuados sólo los híbridos; de donde se sigue que ningun viviente en el acto de la generacion puede disponer la materia para recibir una forma ó alma de otra especie, pues ya no engendraría un semejante á sí. Imposible es, por lo mismo, á un mono ú otro animal preparar en la generacion y disponer la materia en condiciones que exijan un alma racional que la dé forma. La virtud de engendrar es siempre conforme á la esencia y naturaleza; pero la esencia y naturaleza de cualquier animal, ora en cuanto á la parte material, ora en cuanto al alma ó forma, difieren y distan mucho de la esencia y naturaleza del hombre, aun del más rudo habitante de las selvas; luego atendidas las naturalezas, ningun animal puede en la generacion elevar la materia á tal disposicion y temperamento que exija una alma racional.

*Objecion 1.<sup>a</sup>* Podráse decir con Darwin y Huxley que los embriones de los vertebrados son semejantes al princi-

pio, y despues, transcurriendo el tiempo, van más y más diferenciándose cuanto más se desarrollan, hasta el punto de que los hijos de algunos monos se distinguen muy poco de los infantes y niños; luego bien puede deducirse la consanguinidad del hombre con el mono y aun su procedencia de éste.

*Negamos la consecuencia*; porque los vivientes, al revés de los cuerpos inorgánicos, no adquieren al momento su debida y natural perfeccion sino por sucesivo desarrollo, originado de un principio interno; no se puede, pues, juzgar de su naturaleza y propiedades mientras no se hayan perfectamente desarrollado, por lo cual, con ser tan grande como se quiera la semejanza al principio entre el hombre y el mono ú otro cualquier vertebrado, jamás podrá de ella deducirse el parentesco entre ambos, si más tarde acaban por distinguirse y formar tipos esencialmente diversos. Pues un viviente dotado de un alma ó principio interno de evolucion, que termina en las perfecciones y propiedades del mono, es imposible sea del mismo orden y género que otro viviente dotado de un principio interno de evolucion que desarrolla diversísimas perfecciones y propiedades, como es el hombre (1).

*Objecion 2.<sup>a</sup>* Pero se nos replicará con el mismo Darwin: muchos hechos vienen á confirmar el origen beluino del hombre; a) hay hombres, pocos, en verdad, que pueden mover algun tanto las orejas, cuya *helix* termina en una pequeña punta; es así que éstos parecen ser algunos restos

(1) Oigase sobre este punto al célebre Frédault: «Des travaux nombreux sur le developpement du germe ont montré que l'on avait pris des apparences pour la vérité, et que l'imagination avait fait un vrai roman. Il demeure prouvé que si, à certains époques de son évolution, le germe humain ressemble de loin, soit à un ver, soit à un têtard, ce sont là des ressemblances fort lointaines; et qu'il en faut croire, sur ce point, ce que l'on croirait d'un homme qui, l'œil fixé sur les nuages, dirait qu'il aperçoit des palais, les jardins d'Armide, des Chevalliers, des armées, et tout ce qu'une imagination très-échauffée peut concevoir.» Frédault, *Physiologie générale*, pág. 366.